

# EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID - 1 DE JUNIO DE 1931

NUM. 25



EL BOTE SALVAVIDAS

## EL BOTE SALVAVIDAS

El grabado nos muestra en toda su realidad el espectáculo de un temporal en el mar, escena conmovedora siempre y aquella en que se pone más a prueba la intrepidez del hombre.

Trance espantoso, en efecto, cuando las olas convierten en juguete de su ira al pobre barco.

Los infelices navegantes, suspendidos sobre el negro abismo pronto a tragárselos, contemplan aterrados la furia de todos los elementos desencadenados contra ellos, cuando aparece a veces cual viva imagen de la esperanza un bote salvavidas, tripulado por un puñado de héroes que van a exponerse a una muerte casi cierta para arrancar de la misma a sus semejantes.

Nunca será alabada, cual se merece, tanta abnegación, siendo ésta una de las pocas cosas que tiene que admirar la humanidad.



## AL SERVICIO DE DIOS

Para ser obrero del Señor, lo primero que se necesita es pertenecerle.

La vida procede de la vida; la vida engendra la vida.

Para presentar un hombre a otro, necesario es que estemos cerca de los dos.

La intimidad con Cristo es necesaria para presentarle a los hombres.

Hay tres maneras de conocer a las personas: porque se ha oído hablar de ellas, porque se las ha visto, y porque se ha vivido con ellas.

Esta última manera es la buena, y así es como debemos conocer a Cristo.

Para enseñar a los demás, se necesita tener una vida santa. Recordad lo que hizo Pablo en la isla de Malta, arrojando al fuego la víbora que se le había pegado al brazo.

Si hubiera predicado con la víbora en el brazo, le hubieran tomado por un malhechor.

Muchos cristianos predicán sin arrojar antes las víboras en el fuego.

Un cristiano preguntaba un día a cierto joven:

—¿Cuál es vuestro mayor enemigo?

Y habiendo reflexionado un instante, el joven respondió:

—Yo mismo.

—Veo—le dijo su interlocutor—que el Señor os ha hablado.

Es necesario combatirnos a nosotros mismos y librarnos del más funesto de los enemigos.

No olvidemos que no somos nada y que Dios es todo.

Dios indica a cada cual su tarea, tiene para cada cual una obra especial.

Lo que debemos hacer, por lo tanto, es pedirle a Dios que abra nuestros ojos para que veamos cuál es la obra especial que nos destina, y después realizarla.

Por lo tanto sigamos estos dos consejos; el primero es el siguiente:

Haced todo el bien posible a tanta gente como sea posible, por todos los medios posibles y todo el tiempo que sea posible.

Y el segundo, que ha sido dado por un cuákero, es el siguiente:

No espero pasar por este mundo más que una vez. Si he de prestar algún favor

o hacer algún bien, no debo descuidarlo o diferirlo, porque sé que no he de venir a este mundo otro vez.



### EN LA MONTAÑA

Arroyo que, en las alturas  
donde vida y jugo das  
a estas verdes espesuras,  
de peña en peña murmuras  
sin decirme adonde vas.

De tus aguas cristalinas  
ni nombre ni origen sé,  
ni entre cerros y colinas  
por qué vertiente declinas  
hasta besarles el pie.

Sé que por sotos umbríos  
o por selvas seculares  
o por desiertos baldíos  
las fuentes van a los ríos,  
y los ríos a los mares.

Por eso, cuando fluir  
te veo para bajar  
y nunca para subir,  
no sé por donde has de ir.  
¡Mas sé donde has de parar!

¡Parar!... ¿Pararás acaso  
cuando del mar infecundo,  
que te ha de cortar el paso,  
por corriente o por acaso  
llegas al seno profundo?

No; que con saña cruel,  
tus apacibles corrientes,  
perdidas al fin en él,  
aumentarán el tropel  
de las olas inclementes.

Y si el huracán las toca  
cuando sobre ellas se esplaya  
correrán con furia loca  
bramando de roca en roca  
gimiendo de playa en playa.

Y no han de parar tus males

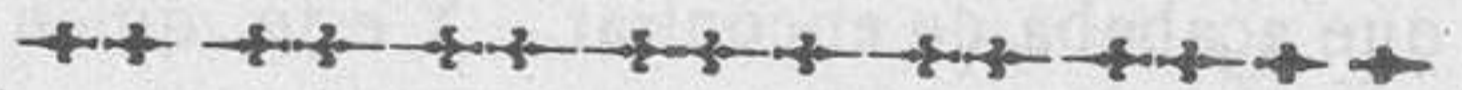
en esa dura faena,  
ni siempre irán tus raudales  
quebrantando sus cristales,  
ya en el cantil ya en la arena.

No, que en ligeros vapores  
y en lluvia de ellos caída  
darán por montes y alcores,  
a otras fuentes y a otras flores  
nuevo curso y nueva vida.

Pero ¡ay! tristes o rientes,  
¿cuándo volverás a ver  
en tus formas diferentes  
a esas flores y a esas fuentes  
que hoy te prestan gala y ser?

¡Triste destino que alcanza  
cuanto es y será y ha sido!  
¡Siempre la eterna esperanzal  
¡Siempre la eterna mudanzal  
¡Y siempre el eterno olvidol

F. BALART.



### EL QUE MAL EMPIEZA, MAL ACABA

(Continuación)

—El no es malo, y además es muy rico,  
siempre lleva muchos duros, y cuando no  
sabe la lección, regala dinero al pasante  
que le repasa, y este dice que todo lo ha  
sabido muy bien, y convida a los compa-  
ñeros y siempre hace todo lo que le da la  
gana.

Hablando así llegaron a su casa.

Ambos fueron, como tenían costumbre,  
a abrazar a su mamá, que les colmó de  
caricias, y luego sentó a la niña sobre sus  
rodillas

—¿A dónde vas tan de prisa?—dijo al  
niño, viendo que se alejaba corriendo.—  
Ven aquí. El niño se detuvo. ¿No te digo  
que vengas? Acércate a mí. El niño obe-

deció. Dime, ¿qué llevas en ese bolsillo que tanto abulta?

—El pañuelo.

—¿Nada más?

—Y un libro.

—Si los libros los trae José. Vamos, arrímate, que voy a ver lo que es; sin duda algún muñeco que te han dado para que te entretengas y no estudies, quedándote al fin sin saber una palabra de la lección; no es cosa nueva y sabes bien que me das un disgusto.

El niño iba a alejarse de nuevo.

—Te digo que vengas aquí.

Luisito se acercó temeroso a su mamá que le cogió, y a pesar de la resistencia que oponía, metió la mano en el bolsillo sospechoso.

—¡Oh!—exclamó la mamá, mirando lo que acababa de encontrar.—Y esto ¿quién te lo ha dado? Habrá sido el frutero.

El niño se puso encendido como una cereza y la niña abrió la boca para decir algo, pero Luisito la miró de tal modo, que ella bajó la cabeza y no dijo una palabra; además la mirada suplicante de su hermano, consideró que a éste le decía siempre que era un pecado acusar.

La mamá miró a los dos y encontró algo extraño en el rubor de él y en el silencio de ella.

—Luis, vas a decirme la verdad, ¿quién te ha dado esta pera? ¿No contestas? Vamos, dílo tú, Anita, ¿quién os lo ha dado?

—A mí nadie, mamá mía—se apresuró a decir.

Anita ni siquiera sospechaba que la llevaba.

—Entonces, ¿por qué te has puesto colorada como Luis y como él has callado?

Esto me disgusta mucho; además, aunque no me agrada que comáis dulces ni frutas fuera de casa no he de castigaros porque hayáis admitido esta friolera.

—Yo no he admitido, mamá, ni él tampoco.

—¡Cómo!—replicó la mamá, riendo—¿pues de qué modo se la han metido en el bolsillo? ¿Se guardó ella misma?

—La ocultó él sin que yo la viera: sí mamá mía, esta es la verdad.

Y la niña avergonzada se echó a llorar y ocultó su rubia cabeza en el pecho de su madre.

Luisito estaba rojo hasta el blanco de los ojos, pero con ellos fijos en el suelo y sin que sus lágrimas dieran muestra de vergüenza y arrepentimiento.

—¿Con que es decir que la ha quitado?—dijo la señora lentamente.

—Sí, sí—gimió la niña—yo le aparté de las banastas, porque se arrimaba demasiado y no vi lo que había hecho; pero, mamá mía, perdónale que no lo volverá a hacer.

—¿Por qué has cometido una acción tan fea, Luis? ¿No sabes que es cosa muy mala? ¿Te falta algo en tu casa? Y aunque te faltara, nadie está autorizado para tomar lo ajeno contra la voluntad o sin permiso de su dueño. Tú debes tener peligrosos amigos que te dan malos consejos.

—Sí, muy malo, uno muy malo tiene—exclamó la niña, secando sus hermosos ojos—y le dice que haga todo lo que quiera y coja lo que se le antoje, que si no lo hace así, no será hombre fuerte y temible.

(Concluirá)